



RAROS, PUEDE. TONTOS, NO

Manuel LUACES SANJUÁN



UCEDIÓ en unas maniobras anfibias combinadas en las que participaban un batallón reforzado de desembarco del Tercio de Armada de Infantería de Marina y el MEU (Marine Expeditionary Unit) de la VI Flota USA en la zona de Carboneras (Almería) allá por el año 73.

El que estas líneas suscribe, teniente por aquel entonces, mandaba la Sección de Mantenimiento-Auto de Campaña, cuyos cometidos eran los de ejecutar las acciones propias del Tercer Escalón y apoyar las acciones del Primero y el Segundo, así como apechugar con las que a veces, por perentoriedad, llegaban a extenderse hasta ¡el Cuarto!

Durante una prolongada fase de *cross training* en la que, de forma un tanto encubierta, el Equipo de Adiestramiento y Valoración de los Marines trataba de entrar en conocimiento de las capacidades reales, tácticas y técnicas, de las unidades de la Fuerza de Desembarco de la Infantería de Marina española, su Equipo de Evaluación Técnica la tomó con la Sección de Mantenimiento de mi mando sin darnos un momento de respiro: ¡no dábamos abasto en atender a sus continuas incidencias sobre los vehículos de las unidades motorizadas y mecanizadas! (además de las propias reales, que no eran pocas). En un determinado momento pusieron su atención en la Sección de Carros de Combate —dotada por entonces de los veteranos *M-48*—, haciendo coincidir la evaluación técnica con la táctica, incordiándola, e incordiándonos en todo lo imaginable, llegando a ponernos en verdaderos apuros —tan así actuaban que llegué a preguntar si alguno de la sección le había levantado la novia o la billetera al jefe del Equipo de Evaluación—.

Aunque la Sección de Mantenimiento no tenía por qué intervenir en aquellas incidencias de carácter técnico, que deberían ser resueltas por las propias dotaciones de los vehículos, siempre estábamos alerta para echarles una mano, aunque fuese bajo cuerda, para fastidiar en su incordio como fuese a los equipos evaluadores —en una línea muy hispánica, justo es reconocerlo—.

Una vez que el equipo evaluador hubo tomado como blanco uno de los pelotones de carros (dos carros, integrados en un subgrupo táctico en misión de reconocimiento en profundidad), cayeron sobre ellos cual banco de pirañas, procediendo a descompensarles, a cada uno, uno de sus dos carburadores y «delcos» (cada motor los llevaba por duplicado), además de retirarles una importante cantidad de cables de bujías, lo que los dejaba totalmente fuera de servicio en un momento de situación de alerta.

Una vez que sus dotaciones detectaron y concretaron las «averías» —las incidencias se introducían fuera de la vista de aquellas— el sargento comandante del pelotón, después de evaluar la situación, optó por poner en marcha las acciones correctivas inmediatas que caían bajo su responsabilidad y posibilidades, con la finalidad de poner, al menos, uno de los carros operativo, «canibalizando» para ello los elementos «sanos» del otro, así como los cables de las bujías necesarios, con la intención de ir adelantando trabajo mientras solicitaba y acudíamos en su apoyo con dos equipos de contacto de la Sección de Mantenimiento, mandados por los entonces cabos primero Molina y Tejera.

Una vez llegados allí, se completó la operación de poner a punto los elementos «averiados» y se aportaron los cables de bujías necesarios para completar las faltas —cada motor llevaba veinticuatro de estos para alimentar las bujías dobles de sus doce cilindros—, con lo que pudimos poner operativos a los dos carros dentro del tiempo establecido, aunque a base de mantener en función una sola bujía por cilindro. Decidí hacerlo así, y reservar los cables de repuesto que nos quedaban, en previsión de «futuras incidencias», ya que la norma prescribía que los elementos «averiados» tenían que quedar en depó-

sito precintado y no podían ser reutilizados mientras durase la fase de evaluación. Una vez resuelto el problema más urgente —poner en marcha los motores— y, sobrados que estábamos aún de tiempo, movidos quizás por esa idiosincrasia hispana que nos lleva a menudo a rizar el rizo, nos pusimos a preparar rápidamente cables de bujía «de fortuna» para poder completar la alimentación de las dos bujías de cada cilindro, empleando para ello alambres, cables eléctricos e incluso las ramillas verdes de las plantas de retama que por allí crecían (eso sí «activadas» con nuestra receta secreta) y convenientemente aislados con varias capas de cinta aislante. Una vez instalados y probados, todavía dentro de tiempo, pudimos entonces «recuperar» parte de los cables originales que habíamos instalado en principio, con lo que restituíamos nuestras ya de por sí magras reservas. Comprobada la operatividad de los dos carros, recibimos un reticente *ok* por parte del USMC Gunnery SGT, jefe del equipo de evaluador, «un tanto mosqueado» y mirándonos como quien mira a bichos raros.

Días después, concluida la fase de ejecución de la operación anfibia, y ya metidos en el juicio crítico consecuente que a veces transcurrió en un ambiente un tanto tenso —no hace falta señalar al curioso lector cómo nos ponemos cuando nos critican, con razón o sin ella—, le llegó el turno de intervención al un tanto hosco *USMC major* jefe del Equipo de Evaluación Técnica para señalar las, a veces, serias deficiencias que, cómo no, se habían puesto de manifiesto en las evaluaciones, pero *remarcando*, sin embargo, la buena impresión que le habían causado la actitud positiva y las aptitudes de los operadores de los equipos, de las dotaciones de los vehículos en todos sus escalones y de la Sección de Mantenimiento —máxime teniendo en cuenta que el personal de tropa interviniente era *conscript* (de reemplazo)—, llegando a alabar la capacidad de diagnóstico, el ingenio y la improvisación demostrada en la resolución exitosa de las incidencias introducidas y que, como también él reconoció, algunas veces habían forzado un tanto.

En representación del personal allí citado al que les afectaban las funciones de mantenimiento y recuperación, pedí la palabra para decir que tomábamos buena nota de sus observaciones y sugerencias, que apreciábamos en toda su valía, aunque, eso sí, evitando dar la sensación de estar agachando las orejas (en honor a la verdad, teníamos que reconocer que en muchas ocasiones nos habíamos quedado «colgados» y a veces «salvados por la campana»).

Finalizada la reunión, les «convencimos» para tomar una copa de confraternización —en lo que no hubo que insistir mucho, ya que el brindis tendría lugar en tierra—, durante la cual el adusto *major* se me acercó para decirme que había sido informado por el jefe del equipo evaluador del asunto de los cables de bujía en la incidencia de los carros, pidiéndome a continuación que le facilitase alguno de los cables de circunstancias que habíamos «fabricado» con las ramillas de retama y cinta aislante. Así lo hicimos, no faltaba más; ¡para rumbosos nosotros! —ya no los necesitábamos y no estaban «a

cargo» —, acompañándolos, cómo no, de una botella de vino fino, para que pudiesen hacerlos «operativos» —componente de nuestra receta secreta—, a la par que certificábamos la botella de su condición como tal para que pudiesen justificarla en su más que problemática introducción a bordo, acompañándola con una atenta dedicatoria: *De los Infantes de Marina Españoles. Raros, puede; tontos, no*; dedicatoria que, sorprendentemente, arrancó al adusto *major* una sonrisa comprensiva que le llegó de oreja a oreja.

Aunque volvimos a coincidir en alguna que otra maniobra con sus equipos de evaluación, lo cierto es que sus actuaciones fueron ya más equilibradas, dejando atrás aquel comportamiento más propio de «moscas borriquetas» o lo que fuesen, pero que para nosotros no dejó de constituir un estímulo y una medida cabal en la búsqueda y en el logro de la excelencia, que por aquel entonces aún nos quedaba un poco lejos. Lo que nunca llegamos a saber fue si el componente de la receta secreta —léase el fino de la botella que se llevaron— habría sido sometido a un riguroso análisis químico en un laboratorio *ad hoc*, o más bien a una prosaica cata personal de circunstancias en un oscuro rincón de un retirado sollado.

